

tónicas, de decoraciones:—posadas para la vida, construidas con la prevision de una nueva destruccion;—pero nada de aquellos palacios que un pueblo civilizado alza con confianza para sí y para las generaciones venideras.—En medio de todo ese caos, algunas tapias de estadio, pero raras, algunas columnas negruzcas del Arco de Adriano ó de Lazora, el cimborio de la torre de los Vientos ó de la Linterna de Diógenes, llaman la vista y no la paran.—Delante de nosotros se agrandaba y se desprendia del cerro gris donde tiene asiento, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todas partes, en pié todo entero sobre su pedestal de peñascos:—aquel templo, el mas bello segun la ciencia, despues del Partenon, de cuantos erigió la Grecia á sus dioses ó á sus héroes.

A medida que me acercaba, convencido por la lectura de la belleza del monumento, me admiraba de sentirme frio y estéril: mi corazon queria comoverse, mis ojos querian admirar;—¡nada!—Solo sentia lo que se siente á la vista de una obra sin defectos, un placer negativo,—pero no una impresion real y vehemente, una delicia nueva, poderosa, involuntaria.—Ese templo es demasiado pequeño; es un verdadero juguete del arte! No es un monumento para los dioses, para los hombres, para los siglos. Solo tuve un momento de éxtasis, y fué cuando sentado en el ángulo occidental

del templo, en sus últimos escalones, mis miradas abarcaron á la vez, con la magnífica armonía de sus formas y la magestuosa elegancia de sus columnas, el espacio vacío y mas sombrío de su pórtico, y en su friso interior los admirables bajo-relieves de los combates de los Centauros y de los Lapitas; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente, derramando su mística y serena luz sobre las cornisas y las formas salientes de los bajo-relieves, que entónces parecian vivir y moverse. Solo los grandes artistas en todos géneros tienen ese don de vida,—¡ay! ¡a sus espensas!—En el Partenon no quedan ya mas que dos figuras, Marte y Venus, medio aplastadas por dos enormes fragmentos que han resbalado sobre sus cabezas; pero esas dos figuras valen para mí, en escultura, mas que todo lo que he visto en mi vida: viven como jamas han vivido el lienzo ó el mármol.—Sufre uno del peso que las oprime; quisiera uno aligerar sus miembros, que parece que se doblegan y se esfuerzan bajo aquella mole; se conoce que el cincel de Fidias temblaba, ardia en su mano cuando esas sublimes figuras nacian bajo sus dedos.—Se conoce,—y no es una ilusion, sino la verdad, ~~verd~~ dolorosa!—que el artista infundia su propia individualidad, su propia sangre, en las formas, en las venas de los seres que creaba, y que lo que se ve palpitar en esas formas vivas, en esos miembros prontos á moverse, en

esos labios prontos á hablar, es una parte de su vida.

No, el templo de Teseo no es digno de su fama; no vive como monumento, no dice nada de lo que debe decir; hay en él belleza sin duda, pero belleza fria y muerta, de la cual solo el artista debe levantar la mortaja y sacudir el polvo; yo por mí la admiro y me voy sin ningun deseo de volverla á ver. Las hermosas piedras de la columnata del Vaticano, las magestuosas y colosales sombras de San Pedro de Roma jamas me han dejado salir sin sentimiento, sin esperanza de volverlas á ver.

Mas arriba subiendo una negra colina cubierta de cardos y de guijarros rojizos, se llega al Pnyx, teatro de las asambleas borrascosas del pueblo de Aténas y de las inconstantes ovaciones de sus oradores y de sus favoritos.—Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece piés cúbicos, descansan unos encima de otros, y sostenian el terrado donde se reunia el pueblo. Mas arriba aún, y hasta una distancia como de á cincuenta pasos, se ve un enorme peñon cuadrado en el que están labrados unos escalones que sin duda servian al orador para subir á aquella tribuna que señoreaba el pueblo, la ciudad y el mar: esto no tiene ningun carácter de la elegancia del pueblo de Pericles.—Parece cosa de Roma:—los recuerdos que esto ofrece son bellos.—Desde aquí hablaba

Demóstenes, y agitaba ó serenaba á esa mar popular, mas tempestuosa que el mar Egeo, al que tambien podia oír bramar á sus espaldas. Sentéme allí solo y pensativo y allí me estuve hasta mas del anochecer, reanimando sin esfuerzos toda aquella historia, la mas hermosa, la mas bella, la mas palpitante de todas las historias de hombres que han manejado la espada ó la palabra. ¡Qué tiempo aquel para el genio! ¡y qué de genio, de grandeza, de sabiduría, de luz, y aun de virtud, (porque por entónces murió Sócrates) para aquel tiempo! Este momento se le parece, en Europa, y sobre todo en Francia, la Aténas vulgar de los tiempos modernos. . . . ¡Pero solo la flor de Francia y de Europa es Aténas; la masa es bárbara todavía! Supongámos á Demóstenes hablando su lengua ardiente, sonora, colorada, á una reunion popular de nuestras ciudades actuales; ¿quién lo comprenderia (1)?—La desigualdad de la educacion y de las luces el grande obstáculo á nuestra civilizacion comple-

---

(1) Aquí el pensamiento del autor está claro; pero la prisa y el desaliño con que redactó estos apuntes, le hacen decir literalmente una simpleza. Es evidente que si Demóstenes resucitara y se pusiera á hablar griego en las calles de Paris, solo le entenderian tal cual sábio helenista. Lo que quiso y debió decir el autor es, que un orador moderno, con las mismas dotes que Demóstenes, no seria tan comprendido por sus compatriotas, como lo era por los suyos el célebre orador griego.

ta moderna. ¡El pueblo es señor, pero no es capaz de serlo; esta es la razón porque destruye en todas partes, y no hace en ninguna nada bello, duradero, magestuoso! Todos los atenienses comprendían á Demóstenes, sabían su lengua, juzgaban bien su legislación y sus artes.—Era un pueblo de hombres escogidos; tenía las pasiones del pueblo, sin tener su ignorancia, cometía crímenes y no hacía majaderías.—En el día no es así, y he aquí por qué la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en la realidad en las grandes poblaciones modernas. El tiempo solo puede hacer á los pueblos capaces de gobernarse por sí mismos. Su educación se hace por medio de las revoluciones.

La suerte del orador, como Demóstenes ó Mirabeau, los dos únicos hombres dignos de este nombre, es mas seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre los cuales obra;—es el filósofo-rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata;—y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza;—el poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos; el poeta no agita mas que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazón humano:—los tiempos pa-

san, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre todo entero, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso, sobre el alma de sus lectores: su suerte es ménos humana, pero mas divina! Es superior al orador.

Lo hermoso, lo grande seria reunir los dos destinos: ningun hombre lo ha hecho; pero no hay sin embargo ninguna incompatibilidad entre la acción y el pensamiento, es una inteligencia completa: —la acción es hija del pensamiento,—pero los hombres, envidiosos de toda preeminencia, jamas conceden dos poderes á una misma cabeza;—¡la naturaleza es mas liberal!—Los hombres proscriben del dominio de la acción al que descuella en el de la inteligencia y la palabra:—no quieren que Platon haga leyes reales, ni que Sócrates gobierne una aldea.

Envié á pedir al bey turco, Jusuf-Bey, comandante del Atica, permiso para subir á la ciudadela con mis amigos y visitar el Partenon.—Me despachó un jenízaro para acompañarnos y salimos el 20, á las cinco de la mañana, acompañados de M. Gropius.—Todo se acalla ante la impresión incomparable del Partenon, de ese templo de los templos construidos por Setino, decretado por Pericles, decorado por Fidias;—tipo único y esclusivo de lo bello, en las artes de la arquitectura y de la escultura,—especie de revelación divina de la belleza ideal, recibida un día por el pueblo artista por es-

celencia, y trasmitada por él á la posteridad, en pedazos de mármol imperecederos y en esculturas que vivirán eternamente.—Este monumento, tal cual estaba con el conjunto de su situacion, de su natural pedestal, de sus escaleras decoradas de estatuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecucion acabada en todos los pormenores, de su materia, de su color, de su luz petrificada; este monumento confunde, hace siglos, la admiracion sin saciarla, cuando se ve de él lo que yo he visto solamente, con sus magestuosos pedazos mutilados por las bombas venecianas, por la esplosion del polvorin bajo Morosini, por el martillo de Teodoro,—por los cañonazos de los turcos y de los griegos;—sus enormes columnas tendidas en el pavimento, sus capiteles derruidos, sus triglifos rotos por los agentes de lord Elgin, sus estatuas arrebatadas por buques ingleses;—lo que de él queda es suficiente para que yo sienta que ese es el mas hermoso poema escrito en piedra sobre la faz de la tierra; pero, tambien lo siento, es demasiado pequeño: su efecto está destruido.—Paso horas deliciosas tendido á la sombra de las propíleas, fijos los ojos en el ruinoso frontispicio del Partenon; percibo la antigüedad toda entera en la obra mas divina que ha producido;—¡lo demas no merece la palabra que lo describe! El aspecto del Partenon hace aparecer, mas que la historia, la colosal grandeza de un pueblo. ¡Pericles no debe morir! ¡Qué civilizacion tan sobrehumana

la que halló un grande hombre para decretar, un arquitecto para concebir, un escultor para decorar, estatuarios para ejecutar, jornaleros para construir, un pueblo para costear, y ojos para comprender y admirar semejante edificio! ¿Dónde, cuándo se volverán á hallar una época y un pueblo semejantes? Nada lo anuncia. A medida que el hombre envejece, pierde la savia, el fuego, el desinterés necesarios para las artes!—Las Propíleas,—el templo de Erecteo ó el de las Cariátides están al lado del Partenon.—Son obras maestras, pero están como ahogadas en esa otra grande obra maestra; el alma, herida con demasiada fuerza á la vista del primero de esos edificios, no tiene ya energía para admirar los demas, ¡es preciso ver é irse!—llorando ménos sobre la devastacion de esa obra sobrehumana del hombre que sobre la imposibilidad para el hombre de igualar jamas su sublimidad y su armonía;—esa es una de aquellas revelaciones que el cielo no envia dos veces á la tierra:—es como el poema de Job ó el Cantar de los cantares, como el poema de Homero ó la música de Mozart! Esas cosas se hacen, se ven, se oyen, y luego no se vuelven á hacer, á ver, ni á oír hasta la consumacion de los siglos:—¡felices los hombres por quienes pasan esas divinas inspiraciones!—¡Mueren, pero han probado al hombre lo que puede ser el hombre! ¡Y Dios los llama á sí para celebrarle en otros sitios y en una

lengua mas poderosa todavía!—Ando errante todo el dia; silencioso, entre estas ruinas, y vuelvo á la posada, deslumbrados los ojos con aquellas formas y aquellos colores, lleno el corazon de recuerdos y admiracion.—El género gótico es bello, pero le faltan el órden y la luz,—el órden y la luz, los dos principios de toda creacion eterna!—Adios para siempre al género gótico.

De todos los libros que pueden hacerse, el mas difícil, en mi concepto, es una traduccion. Ahora bien, viajar es traducir; es traducir á la vista, á la mente, al alma del lector, los sitios, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos dan al viagero. Es preciso saber, juntamente ver, sentir y espresar; y espresar, ¿cómo? no con líneas y colores, como el pintor, cosa fácil y sencilla; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas, que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas reflexiones hacia yo, sentado en las gradas del Partenon, teniendo delante de mis ojos Atenas y el bosque de olivos del Pireo y el azul mar de Egeo, y sobre mi cabeza la magestuosa sombra del friso del templo de los templos.—Quería llevarme para mí un recuerdo escrito de aquel momento de mi vida! Sentía que aquel caos de mármol, tan sublime, tan pintoresco en mis ojos, se desvanecería de mi memoria, y quería poder volver á hallarle cuando qui-

siera en la vulgaridad de mi vida futura.—Escribamos, pues; lo que voy á escribir no será el Partenon, pero será á lo ménos una sombra de esa gran sombra que se alza hoy sobre mí.

De en medio de las ruínas que fueron Atenas, y que los cañones de los griegos y de los turcos han pulverizado y sembrado en todo el valle y sobre las dos colinas donde se estendia la ciudad de Minerva, se alza una montaña tajada perpendicularmente por todos lados.—Rodéanla inmensas paredes, que formadas en su base con fragmentos de mármol blanco, y mas arriba con restos de frisos y de columnas antiguas, rematan por algunos puntos en almenas venecianas. Aquella montaña se parece á un magnífico pedestal, labrado por los mismos dioses para asentar sobre él sus altares. Su cima, allanada para recibir las áreas de aquellos templos, no tiene arriba de quinientos piés de longitud sobre dos ó trescientos de anchura, y domina todas las colinas que formaban el suelo de Atenas antigua y las vegas del Pentélico, la corriente del Iliso, la llanura de Pireo, la cordillera de valles y cimas que se redondea y se estiende hasta Corinto, y el mar, en fin, sembrado de las islas de Salamina y de Egina, donde brillan en la altura los frontispicios del templo de Júpiter Panhelenio.—Ese horizonte es admirable todavía, ahora que todas esas colinas están peladas y reflejan, como un bronce pulimentado, los rayos reverberados del